



Ana Merino Amigo



DESTINO

Amigo

Ana
Merino

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1561

© Ana Merino, 2022
Por mediación de MB Agencia Literaria, S. L.

© del fragmento de la canción ranchera “El Rey”: Jose Alfredo Jimenez Sandoval. Universal Mus. Publ. MGB Mexico S.A. (Universal Music Publishing SLU)

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.edestino.es

Primera edición: febrero de 2022
ISBN: 978-84-233-6090-1
Depósito legal: B. 59-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Black Print CPI
Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

I

Pestañear y asomarse

Inés Sánchez Cruz pestañea y retrocede veintiséis años. El parpadeo de los ojos la lleva al hogar de los buenos recuerdos, con su rastro de migas luminosas. Como en los cuentos de niños perdidos o abandonados en los bosques, que sin embargo sobreviven con el ingenio gracias a que van dejando sus huellas. Las migas de este pasado no se las han comido los pájaros, la amistad que se forjó hace más de dos décadas y media sigue intacta en ese tiempo recordado, aunque en el presente solo hay un triste abismo y una gran decepción. Ella sí sabe diferenciar el tiempo de entonces del de ahora. Por aquella época, LusoZ era su amigo y aún no se había desprendido de su nombre de pila, que es Agapito. Sí, Agapito LusoZ Pescader, la joven promesa que tenía publicado un libro de relatos y coincidía con ella como becario del curso 1993-1994 en la Residencia de Estudiantes. Inés, que fue una poeta precoz, ya tenía dos poemarios publicados y estaba escribiendo una tesis doctoral sobre la Edad de Plata, ese fascinante periodo del primer tercio del siglo xx español donde coincidieron la generación del 98, la del 14 y la del 27. Fue su director de

tesis quien, sabiendo que ella era mexicana y estaba haciendo un notable esfuerzo estudiando en la Universidad Complutense de Madrid, le sugirió esta beca que cubría alojamiento y manutención, precisamente en uno de los lugares donde se había vivido el florecimiento cultural y científico que Inés investigaba. «Estarás en tu salsa —le dijo su director—, son becas que te permitirán evocar el universo de los antiguos residentes. Con tu expediente, con tu tema y lo que ya tienes avanzado, y con las cartas que te vamos a facilitar, estoy seguro de que te seleccionarán. Creo sinceramente, Inés, que en un año allí te la terminas.»

Para Inés, la Residencia de Estudiantes era un lugar soñado, y le pareció increíble cuando pasó todas las cribas y la llamaron para la entrevista final. Desde que llegó a Madrid lo había frecuentado porque allí organizaban ciclos de conferencias y había sido el sitio mágico en el que vivieron Lorca, Buñuel y Dalí de jóvenes cuando eran amigos. Inés creció leyendo a Federico García Lorca y viendo películas de la etapa mexicana de Luis Buñuel, y la idea de que ese pequeño recinto de varios edificios rodeados de jardines hubiera sido clave en los comienzos de ambos creadores le erizaba la piel. El virus de Lorca, como lo llamaba, se lo inculcó doña Pura, una maestra hija de exiliados españoles que le dio clases cuando era niña en la escuela de Cholula. Los maestros son las herramientas secretas que atornillan las primeras ideas en el cerebro de los niños, y a ella le metieron una peculiar mirada hacia esa España, rica en creadores, pero desolada por el

odio cainita. Lógicamente, su maestra doña Pura no olvidaba el trauma de sus padres, que lo perdieron todo. Los hijos de los exiliados crecen con una mezcla densa de emociones, la nostalgia de las cosas buenas que dejaron sin querer las familias exiliadas y siempre evocan en la distancia, y el hondo rechazo a lo que llena ese espacio de su ausencia. Porque el vacío de todos los que se han marchado se va llenando de otras cosas que se apropian y borran esa ausencia. Por eso los exiliados, les trataba de explicar la maestra, caen en la angustiosa constatación de saber que son olvido, y esa amargura la heredan los hijos. Saberse de un lugar al que no podrás volver a pertenecer, porque has dejado de ser de él. La maestra de Inés había sido de esas personas dubitativas y oscilaba entre sentirse mexicana o española. En México había crecido arropada por la oportunidad esperanzada que les dieron a los suyos, pero España era la vida arrebatada de sus orígenes, el espacio anhelado en la nostalgia de sus progenitores, porque no eligieron irse de su tierra: se vieron obligados a marcharse. La maestra buscaba sus orígenes en los poemas de Lorca, su miserable asesinato representaba todas las muertes de aquella guerra. La España perdida resonaba en la cabeza de Inés y se mezclaba con el murmullo de las voces de los compañeros en el aula leyendo en voz alta «El lagarto está llorando». Qué pena le daba que el lagarto y la lagarta hubieran perdido su anillo de desposados, y que fueran viejos y llorasen tanto. Con los años, el Lorca que hablaba con los niños y los gitanos se volvió el Lorca que tocaba su corazón adolescente y le impre-

sionaba con un viaje a Nueva York en el que todo eran sensaciones abstractas e inquietantes que nombraban los lugares. El poeta pasó nueve meses en Manhattan, pero también escribió poemas evocando Harlem, Coney Island, Newburg, Vermont y La Habana. Las vivencias líricas de los poetas españoles en América divertían a una Inés que aprendía a amar la poesía leyendo muchas veces sus versos.

Por México había estado exiliado Luis Cernuda, un poeta coetáneo de Lorca que le fascinaba, pero que no estudió en profundidad hasta que fue a la universidad y aprendió a poner a cada creador en el mapa de sus propias circunstancias. Cernuda se pasó los primeros años del exilio en el Reino Unido, luego en Estados Unidos, para terminar en México, y allí estaba la persona que más le ayudó, que fue precisamente la poeta española Concha Méndez, que también estuvo en el exilio y lo acogió en su propia casa durante una década. Concha Méndez era otro personaje cautivador; había sido amiga de la madre de doña Pura y representaba el lado femenino de la generación del 27, que tantas veces los críticos olvidaban mencionar. Cuando Inés estaba escribiendo la tesis y entendió lo importante que había sido Concha Méndez, ya era tarde y la escritora había muerto, pero pudo entrevistar a la madre de doña Pura, que rozaba los cien años y tenía buenos momentos de lucidez. Le contó detalles de su amiga poeta y le mostró sus libros firmados. «Bailaba muy bien y siempre me hacía reír, cuánto nos dolía estar lejos, pero ella tenía un don, y era buena y ayudó mucho a ese poeta, sí, Cernuda, que tenía bastante carácter. Eso es ser buena amiga.»

El complejo entramado creativo de todos esos autores que eclosionan antes de la guerra civil y que convivieron con otras generaciones abrumaba a la Inés universitaria, aunque le parecía apasionante. Su tesis española fue sobre todo una enciclopedia de datos, pero en ese ejercicio encontró la mirada de un país cautivador, lleno de hallazgos creativos únicos y que había tardado mucho tiempo en entender la trascendencia de su propio aliento. Eran sobre todo los hispanistas de otros países los que reivindicaban la creatividad española de antes de la guerra como un episodio sobre el que seguir indagando.

Tal vez fue por lealtad a doña Pura por lo que decidió centrarse en ese periodo español de la historia cultural donde se encontraron tantos creadores, humanistas y científicos, en esa época anterior a la gran catástrofe de la guerra civil. Sus amigos mexicanos bromeaban con ella por su afición a lo español: «Tienes más sangre de la Malinche que de los gachupines, Inés, aunque hagas veinte tesis sobre España no te harás española». Pero Inés sabía que no era el querer ser parte del Imperio español, como lo llamaban con ironía sus compañeros, el motivo de ese trabajo. Tampoco pretendió ser parte del Imperio gringo, y eso que hizo una segunda tesis en la Universidad de Chicago centrada en estudios cinematográficos y se quedó a vivir y a trabajar en Estados Unidos. Lo suyo era un genuino impulso de gran curiosidad, de querer conocer. En ese primer tiempo universitario de su juventud había varias tendencias, y la suya se mezclaba con la nostalgia española heredada de su maestra de escuela.

El amor a una España perdida que iluminaba los ojos de doña Pura, que llenaba el aula de suspiros, se fraguó en el corazón de la pequeña Inés como un enigma lírico. Si los hechizos o los encantamientos se verbalizan con el «abracadabra» para atraer a los espíritus benevolentes, la palabra *España* explosionaba en los oídos de la niña como una contraseña secreta que alimentaba pensamientos fantasiosos y viajeros. El fondo izquierdo de la pared del pasillo de acceso a las aulas del colegio estaba decorado con un inmenso mapamundi y a la Inés niña se le iban siempre los ojos hacia la geografía de la península ibérica, hacia ese país que era la piel de un toro y que con tanto cariño y emoción evocaba su maestra. Los niños tienen el don de aprender a sentir del mismo modo que las personas adultas en las que confían.

¿Cómo pudo un país generar tanto talento y destruirlo en una guerra civil, en una lucha descarnada entre hermanos? El caso español no era el único, la historia estaba llena de momentos luminosos y vibrantes que se descomponían con la pulsión del daño, con la violencia ciega. En los periódicos de la actualidad salían artículos dramáticos sobre la guerra civil en Siria y la desesperación de los refugiados tratando de llegar a Europa.

Inés regresa a su querida Residencia de Estudiantes un domingo 3 de noviembre de 2019, como prestigiosa poeta invitada, para impartir un taller de poesía de una semana. Vuelve a su querido y bullicioso Madrid, se toma un respiro de Milwaukee, la anodina ciudad del Medio Oeste donde ahora trabaja. Han pasado muchos años, y esa mañana, mien-

tras pestaña mirando hacia el jardín de las adelfas que un siglo atrás mandó plantar el poeta Juan Ramón Jiménez, Inés piensa en su infancia escolar, en doña Pura y en Lorca, como si ellos fueran la clave de ese momento que une las edades más remotas: la niña, la adolescente, la becaria residente y la mujer cincuentona que observa a las otras con el pestañeo de la memoria. Inés siente la textura del pasado mirándola extrañado desde las copas de los árboles. A las hojas y a las ramas no parece pesarles tanto el tiempo como a ella. Está ansiosa y le cuesta entender bien sus emociones. No es la primera vez que vuelve a Madrid, pero en esta ocasión se juntan dos aspectos conmovedores. Se aloja en la Residencia de Estudiantes y, casualmente, la han puesto en la misma habitación que ocupó aquel lejano año que estuvo de becaria y terminó de escribir su tesis española. Además, ha llegado a España para encontrarse con toda su poesía recogida en un precioso volumen de tapas negras. Un viejo editor español se ha interesado por su obra y la ha publicado, lo que ha obligado a Inés a ordenar treinta años de poemas entrelazados en once libros y numerosos poemas sueltos que habían aparecido en revistas y necesitaban agruparse.

Todos sus poemas están ahora ordenados dentro de un grueso tomo. Se pregunta si eso contribuye a la sensación de parálisis que tiene. Le da miedo asomarse a la vida que esconden sus versos. En ellos se mezcla la intensidad del pasado con la desnudez sincera de unos sentimientos que fueron importantes. Se acuerda de aquel poema que escribió la primera noche en la Residencia, cuando todavía no le habían

presentado a los otros becarios y llegó sola arrastrando dos maletas por la cuesta de la calle Pinar, porque el taxista la había dejado mucho antes de la entrada de la barrera y a ella le dio apuro la idea de tener que pedirle al guarda que se la levantaran. «Aquí está bien», le dijo la joven Inés, nerviosa, al taxista, justo cuando la calle Pedro de Valdivia hacía esquina con la calle Pinar, es decir, bastante lejos. Estaba anocheciendo, y los transexuales esperaban a sus clientes fumando y apoyados en los coches aparcados en la calle. La Inés veinteañera se sorprendió de ver a esas mujeres gigantescas, medio desnudas, en aquella zona. Llevaban corpiños y taconazos, fulares de plumas y abrigos de pieles, medias de rejilla y collares de perlas. Eran un espectáculo cautivador de resoplidos y risas, bocas pintadas de carmín rojo, uñas larguísimas, melenas rubias tipo Marilyn Monroe y pestañas postizas.

Días después le explicarían a Inés que por esa calle se apostaban los transexuales de Madrid. La Residencia de Estudiantes estaba ubicada en una zona tranquila y selecta, salpicada levemente por el lado oscuro de la prostitución de lujo. Había dos arterias grandes cerca: por un lado, el paseo de la Castellana y por otro, la calle Serrano, quedando el histórico lugar en el centro de una zona residencial y ajardinada que subía desde el Museo de Ciencias Naturales. Un lugar perfecto para hacer la calle sin sufrir demasiados sobresaltos.

—Si vieras los coches que se paran a buscarlas
—le dijo Agapito con gesto misterioso.

—Alta gama, ¿qué te crees, que no me he fijado?

—comentó Sabino Viñuela, un becario compositor que también se había incorporado a la promoción de los nuevos y estaba cenando con Inés y Agapito.

—Son hermosas, pero chambear en la calle tiene que ser muy duro —replicó Inés, tratando de incorporarse a la conversación de los muchachos.

Su primera noche hacía más de dos décadas había estado impregnada del olor a perfume dulzón que desprendían aquellas extrañas mujeres, de la cara de sorpresa del guarda que le había preguntado por qué no le dijo al taxista que la subieran hasta arriba, y de su ridículo nerviosismo, que le hizo no pegar ojo. Estaba en un lugar mítico y tenía nueve meses para terminar la tesis, «la pinche tesis», como le decía su hermano Sergio cuando hablaban por teléfono: «¿Y cómo dices que va la pinche tesis?».

En esa primera noche, una Inés ilusionada y temblorosa escribió un poema donde las medias de rejilla se mezclaban con los dibujos de la colcha de su cama. ¿Qué edad tendrían esas mujeres con peluca y pestañas postizas? Veintiséis años después ya no estaban. Con el nuevo regreso no se atrevió a preguntar por ellas, se acordó de su forma de andar y de sus pómulos, del maquillaje denso que disimulaba cicatrices y asperezas de la piel. Las extrañó, pues la mexicana se había dedicado nueve meses a contemplarlas con disimulo y fascinación secreta cuando subía la cuesta por las noches. La historia que escribían con sus cuerpos dejaba un rastro invisible de tristeza que la acongojaba. Eran las sacerdotisas de la lujuria mer-

cadeando con sus voluptuosos cuerpos. Eran hermosas y ajenas, seres de otro universo que desplegaban sus alas de plumas y lentejuelas, pero no podían volar.

Inés nota por unos segundos el peso del tiempo sobre sus hombros, como si al recordar las imágenes de su primera llegada se endurecieran y los sentimientos presionaran con fuerza, obligándola a enderezar la espalda. Ha vuelto transformada en una prestigiosa poeta, pero sigue tocada por una sensación de fragilidad, y en el fondo está casi tan nerviosa como la primera vez, aunque en esta ocasión el taxi la ha dejado en la misma puerta. Ha subido su maleta saboreando cada peldaño de las escaleras de ladrillo rojo, ha cruzado la puerta de cristal, y una vez dentro del edificio ha respirado la luminosa alegría del regreso como una bocanada intensa de aire redentor. El olor de la carpintería de los muebles, de las sábanas almidonadas y de su propio cansancio, pese a la larga ducha después de un larguísimo viaje, la van arrojando mientras cierra los ojos.